

Esc.
de Padres
PM

LAB. 3
05

Sección 3

Problemas sociales

Soliloquio sobre apodos y motes



Intermedio de conversación

Estaban reunidos justamente bajo la ventana. Las voces llegaban nítidas y diferenciadas. Preparaban la acampada para el próximo fin de semana.

- Oye, Polilla, tú el camping gas.
- ¡Estás loco! ¿Yo? ¡Vamos, hombre, ni de bromal
- ¡Jobar, Polilla! Tú de chollar nada... Escurres el bulto que es una maravilla.
- Yo, ya sabéis, machos, a las seis y media está el Troglodito esperándome en casa.
- ¡Maldita sea con el Troglodito! ¿No puedes latar la clase particular ni siquiera el viernes?

Se deshilaba la tarde en dorados tras el marco de la ventana abierta. Yacían los ejercicios sobre la mesa. Encendí un pitillo, me recosté en el respaldo de la silla. Seguían llegando las voces que solucionaban problemas, ataban cabos sueltos en el plan. Mi atención se hilvanaba en el rumbo cambiante de su aguja. Descubrí un mundo de expresión, sugestivo, casi perfecto en la plasticidad directa de su dicción. Pero era un mundo cerrado, hermético; no conseguía identificar a los protagonistas. Sabía que bastaba con levantarme, echar una ojeada al grupo y se poblaría de nombres y apellidos concretos, rostros definidos, vistos largamente en clase. Mi imaginación sin embargo, prefería divagar sobre aquellos otros misteriosos apodos que llegaban a mis oídos: Cholas, Polilla, Pincho, Troglodito, etc.

Una idea fija

Fue entonces cuando me perdí por los cerros de Ubeda de una disquisición pedagógica sobre el uso y empleo de los mote.

- ¿Por qué utilizamos los apodos? No son sólo los escolares; nosotros los adultos también a veces los utilizamos. ¿Por qué?
- ¿Qué importancia tiene esa costumbre en el período educativo? Sobre todo, ¿qué trascendencia?

Al principio no podía organizar de un modo coherente las ideas. El uso del mote es tan complejo... Existen tantas clases diferentes de motes: los hay dardos envenenados que hieren la sensibilidad y dejan huellas; dan en el blanco, y, a veces, se llevan a la espalda durante toda una vida; los hay recurrentes y simpáticos pregoneros de originales formas de ser; los hay certeros descriptores de evidencias o deficiencias físicas; y los hay también clave cifrada, nombre de guerra elegido.

Recreando el mundo

Recordé fugazmente una escena. Bajábamos del coche y ya estaban allí los cuatro saltando, gritando, dando vueltas. Cinco, seis, ocho y diez años. Gritaban nuestros nombres.

- ¿No hay un beso? —pregunté.
- Lo concedieron remolamente. Cuando estaban los cuatro alrededor de mí en cuclillas uno de ellos gritó:
- Tenemos una banda: yo soy "Musculitos", él es "Grasitas", ella es "Gran Jefa" y esta pequeñaja es Chufi. También tenemos motes para papá y mamá: papá es Whana y mamá Interferencias.

Habían creado su propio mundo de juegos para enfrentarlo al de los adultos. Se habían rebautizado y habían tomado posesión real de sus personas, porque poner un nombre es empeñar a poseer.

Por ahí comencé a intuir que poner un mote puede ser en un primer momento un intento de participación en la creación personal del mundo. Los niños crean la realidad mientras la van conociendo; la recrean en su interior y no se resignan a dejar de colaborar personalmente en esa creación. Los adultos les ofrecen un mundo que ellos no comprenden del todo y para hacerse con él, lo bajan a su nivel infantil, manipulándolo en aquello que les es más accesible: los nombres de las cosas y de las personas.

Mirado bajo este prisma el empleo de los motes deja de tener importancia como problema educativo. Su trascendencia es escasa y su duración efímera. Dura lo que dura la adaptación al mundo y se manifiesta de una forma no continua sino esporádica.

No quiero llamarme Fernández

Mi idea había llegado a un punto muerto; no iba más allá. Me levanté para encender la luz y me acerqué por fin a la ventana entornada. El grupo seguía proyectando sus planes abajo:

- ¿Quién es Polilla? —pregunté, interrumpiendo la conversación.

Una maraña de pelos alborotados giró sobre su base descubriendo la asombrada desconfianza de unos ojos.

- Yo... ¿Qué pasa?

- Nada; que no sabía que te llamaran Polilla. ¿No te molesta que te llamen así?

Tardaba en responder.

- No sé... No mucho... Por lo menos lo prefiero a que me llamen Fernández. ¡Estoy harto de que todos en el Colegio me llamen Fernández!

- Claro que sí —interrumpió otro—, mucho hablar de diálogo y después sólo eres un apellido... y, si te descuidas un poco, un número.

La idea volvió a reactivarse en mi cabeza como una llama sobre las cenizas; "intenta personalizarse; ha superado la etapa infantil, se conoce ya a sí mismo y no se resigna a convertirse en un apellido corriente; exige que se le reconozca y se le diferencie como persona concreta; no acepta ser un Fernández más".

Yo tampoco que me llamen Cholas

Una voz áspera y resentida volvió a cortar el curso de mis pensamientos.

- Pues yo prefiero que me llamen por mi apellido y vosotros dale con Cholas. Lo hacéis sólo para jobar; hasta que un día arree un guantazo a alguno.

- ¡Calla allá! —le contestó uno con ironía—. Si sólo es un apelativo cariñoso que alude a lo blandísimo de mollera que eres.

Se habían metido ya en la discusión. No hubo más trazado de planes: sólo gritos agrios, coros de carcajadas y volviendo una y otra vez, como la gotera que horada la piedra, la frase que minaba los nervios del ofendido: "pero si es que eres un Cholas, un verdadero y auténtico Cholas".

Se fueron al cabo de un rato. La imagen del muchacho flotaba en mi imaginación. Hay apodos que uno no se resigna a aceptar; motes que dan en la diana de la propia rebelión interna que uno sostiene consigo mismo; se hincan en la herida del defecto no encajado y hacen daño.

Con frecuencia sobre esta debilidad se ceba el sadismo de algunos caracteres irónicos e inteligentes. Me era fácil recordar los rostros de muchos de esos chicos agudos y expertos buceadores inconscientes de la psicología humana, fáciles detectores de la debilidad y certeros inventores de la palabra más adecuadamente hiriente.

Dejaba de ser importante en mi mente la situación. Se evaporaba el mote como forma simpática e infantil de acercamiento al mundo y las personas, y se convertía en un arma cruel que hería las psicologías. Se me antojaba una situación grave con la que no se podía transigir; hería por igual al que la padecía y al que la creaba. Poseer esta peligrosa habilidad significaba ganarse el temor y la lejanía de los demás.

Me estaba excitando estúpidamente, pero no conseguí romper con la idea obsesiva del tema.

Motes para adultos

Cambié de agujas y tomé otro rumbo.

Había una clase de motes que se había escapado a mi observación: Los apodos de los profesores. ¿Qué mote me habrían puesto a mí? Quizá ninguno. Quizá varios. Claro que también los adultos de vez en cuando... a veces más que de vez en cuando nos despachamos a gusto con eso de los motes. Se los dedicamos con preferencia al jefe, director, encargado o como se llame el que manda. Igual que hacen ellos en las clases; ni más ni menos.

Pensando sobre este tipo de apelativos creo que llegué a descubrir algo importante; incluso me parece, la raíz fundamental de la tendencia, innata en el hombre, de apodar a sus semejantes.

La metafísica del mote

Esta es la teoría.

Cuando más teóricamente conocida es una persona, pero se mantiene realmente alejada, más fácilmente es blanco del apodo y el mote. Ejemplo: el profesor, el jefe, el director. Está ahí todos los días: en la tribuna, en el despacho; es algo familiar, pero misterioso, porque oculta su personalidad en aras de su autoridad. Pero sin embargo, el espíritu humano, porque tiende a la comprensión de cuanto entra en su círculo de acción, no puede admitir esta mezcla de presencia continuada y distanciamiento. Opta entonces por trivializar a la persona que pretende distanciarse y la acerca por lo menos a la posibilidad de que forme parte de la conversación cotidiana, otor-

gándole un nombre vulgar, prosaico que rompa la lejanía; es decir, le pone un mote. Se trata de un ajuste por el que el deseo de conocer a la persona se permuta en una infantil venganza, que consigue al mismo tiempo crear la ilusión de un trato familiar que no existe.

Sin embargo cuando el que detenta cualquier tipo de autoridad tiene la cualidad de mostrarse abiertamente, como es, a sus subordinados, difícilmente es objeto de motes y apodos. Ha establecido unas relaciones personales y no es probable que éstas sean marco adecuado para el uso de tales calificativos. En definitiva, el sambenito del mote se coloca sobre las cabezas de quienes, por lo que sea, no ofrecen sus personas francas en el entramado de la relación social. Por eso el apodo suele tener algo de definitorio, de aclarativo; intenta mostrar una faceta, un rasgo del carácter, aunque a veces se conforme simplemente con una peculiaridad del físico.

Intenté cerrar el círculo mental: incluso los niños actúan movidos por ese instinto cuando se rebautizan en sus juegos de bandas y pandillas. Buscan autoconocerse y definirse a sí mismos y a los demás. Se sienten satisfechos porque al aplicarse un nombre creen que han asimilado las virtudes y poderes que asocian con él; y también el adolescente que soporta el mote lo acepta porque a través de él se siente más conocido y comprendido como persona y hasta el inventor de apodos hirientes tiene éxito porque desnuda debilidades y defectos ajenos. La función del mote consiste finalmente en revelar y acercar de algún modo a las personas, cuando éstas, por las razones que sean, quedan veladas. Nombrar algo es poseerlo de alguna manera y poner un mote se diferencia muy poco de nombrar. Uno pone nombres a los hijos porque son suyos, y al perro que es también suyo y a la casa de campo, cuando la tiene y es suya por lo tanto. Y uno se nombra a sí mismo con el apodo porque necesita estar seguro de que se conoce y se posee, y llama al amigo con un mote porque así lo acerca y lo mete más dentro de su afecto, e insulta a quien necesita dominar de algún modo y moteja a quien tiene autoridad para evitar su distanciamiento.

Epílogo

Era casi de noche. Salí del despacho y cerré la puerta. En la fachada un grupo de niños esperaban el autobús. Uno de ellos, cabizbajo estaba al borde de la acera. Golpeaba el bordillo con la puntera del zapato, tercamente los ojos fijos en la leve huella que dejaban los golpes. Era menudo y bajito. Los demás a dos metros en vocinglero semicírculo coreaban rítmicamente: ¡Rompetallas! ¡Rompetallas! Dispersé a los alborotadores y me fui a casa con mis brillantes teorías.

FERNANDO PARIENTE

ACTIVIDADES PARA LA ESCUELA DE PADRES

06: Discusión dirigida

1. Lograr unas cuantas confesiones, grabadas en magnetofón, de tres o cuatro adolescentes que manifiesten cómo viven el problema de los motes.
2. Establecer una *discusión dirigida* sobre el difícil equilibrio entre el problema social y las repercusiones personales del mote.
3. Sugerencias prácticas para
 - madurar al adolescente frente al mote que padece
 - sanear un ambiente saturado de motes.